

Una peculiar democracia, la americana

Alfredo Acle Tomasini

Resulta en una fatal paradoja que el electorado estadounidense tenga la potestad de elegir al mandatario cuyas acciones y omisiones son las de mayor trascendencia a nivel mundial, y sea, al mismo tiempo, uno de los más desinformados, no sólo respecto a los temas críticos de la agenda internacional, sino a conocimientos elementales de geografía e historia universal. Peor aún, en muchos casos su visión ni siquiera alcanza una perspectiva nacional, limitándose a cuestiones de su entorno más inmediato; su pueblo, su ciudad, su estado, quizá.

Basta mencionar que salvo excepciones orientadas al individuo que viaja, no existe en los Estados Unidos un periódico de circulación nacional. Proliferan en cambio los diarios locales donde los temas internacionales, salvo que se refieran a los intereses de Estados Unidos, no suelen ocupar un lugar destacado. Independientemente de que, como ocurre en muchos países, cada vez los medios escritos reducen su penetración a cambio de los electrónicos, lo que convierte al ciudadano en un receptor pasivo y maleable, al que se le proporciona información, no tanto para que conozca la realidad sino, sobretudo, para que la interprete de una manera específica.

Curiosa coincidencia que, cuando se inició la invasión de Irak, se declaró también el estado de alerta naranja. Así, en las pantallas de la televisión de los noticieros en Estados Unidos aparecían de manera simultánea sus tropas combatiendo a los soldados de Hussein y el icono que advertía a la población de un inminente ataque terrorista.

No se necesita ser muy sagaz para deducir la intencionalidad de combinar el miedo con la agresión y buscar con ello una reacción visceral del televidente, al punto de no permitirle darse cuenta que aquellos a los que se invadía, no estaban relacionados con los que perpetraron el ataque a las Torres Gemelas. Sin embargo, el garlito funcionó, como lo demuestran los resultados de una encuesta dados a conocer poco antes de las elecciones; la mayoría de los estadounidenses piensa que Hussein y Al Queda estaban relacionados y que el primero representaba un riesgo para su seguridad.

Entre los rasgos más evidentes de una democracia están: la libre emisión de votos, su conteo prolijo y el respeto al resultado. Este ciclo virtuoso tiene a los electores como su máximos protagonistas. Quiénes, en teoría, ejercerán su derecho con base en sus principios, su experiencia y, sobretudo, en la información que los interesados les pongan frente a sus ojos y dentro de sus oídos, y en la que, por voluntad propia, busquen y analicen. Pero resulta claro que la supuesta soberanía del elector sucumbe ante la mercadotecnia y la manipulación.

Es cierto que criticar el nivel de desinformación y el desconocimiento de los asuntos internacionales puede parecer injusto, dado que no es privativo del pueblo estadounidense. Pero a diferencia de otras naciones, ellos no sólo escogen a individuo cuyo poder trasciende sus fronteras, sino que además cuentan con uno de los ingresos per capita más altos del mundo, lo que supondría, al menos en teoría, un grado de cultura más alto.

Quizá es su prosperidad material lo que hace refractaria a la sociedad americana respecto a lo que ocurre allende sus fronteras. Esta misma reacción se observa también al interior de cada país, donde los grupos privilegiados prefieren no confrontarse con hechos que empañen su visión cristalina y cómoda de su realidad.

La prosperidad suele hacer la piel más gruesa y la ignorancia se vuelve un acto voluntario; Debajo de las narices del pueblo alemán, engolosinado con una mejoría efímera en su bienestar y un recuperado sentido de respeto, millones de seres humanos fueron masacrados. Y por evidente que fue su desaparición resultó conveniente, mientras duró la bonanza, no plantearse la preguntas incómodas.

Hoy para muchos, es mejor pensar que se combate al terrorismo, que permitir que en las salas de televisión entren las imágenes de niños y mujeres destrozados; es mejor imaginar al terrorista como una especie de plaga de insectos que se eliminará mediante la fuerza bruta, en lugar de reflexionar que el odio que provoca la muerte de miles de civiles se traducirá en más terroristas; es mejor pensar que se trata de una lucha entre el bien y el mal, en lugar de buscar las razones que inspiran la guerra; es mejor hacer una que perder las elecciones. No en vano ningún presidente de Estados Unidos ha perdido en las urnas estando en guerra.